

morada realmente de su futuro, le confirió las alhajas para que las depositara en un Banco mientras realizaban un extenso y fastuoso viaje de miel.

«Chichito», una vez que tuvo en su poder las alhajas, desapareció, llevándose una fortuna en oro y un tesoro en ilusiones desvanecidas de Ana Lopetegul.

La peluquera anduvo malísima buscando al ladrón. Por fin, le encontró la Guardia civil una noche en que salía de un hotel fastuoso, vestido de etiqueta.

El detenido solicitó permiso de los guardias para volver al hotel a cambiarse de ropa, a fin de no llamar la atención de las gentes que le vieran ir entre los tricornos.

Se le concedió la autorización, y «Chichito», entró en su cuarto mientras la pareja de civiles quedaba vigilando en el pasillo.

«Chichito», en su habitación cambió rápidamente de ropa. Se puso un traje viejo, una gorra inglesa, se recortó el vigote y con unos trazos de carbón en las cejas y en la comisura de los labios quedó completamente desconocido, y pudo pasar, saludando, ante los guardias, que esperaban paciente a que el hábil falsario terminara de cambiar su tocado...

Cuando Pedro Moro terminó de referirme esta historia, «Chichito» volvió la cabeza.

Yo le reconocí en el acto.

Era un sujeto que en los primeros días de agosto había llegado a Melilla el año pasado.

Se titulaba representante de «El Sol» de Madrid, y como tal subía a la Alta Comisaría y discutía con prestigiosos militares acerca de la situación de los prisioneros de Monte Arruit.

Cuando llegó Got le abofeteó por usar el nombre de «El Sol».

Guixé, que es un gran fisionomista, reconoció entonces:

—¡Pues si ese que se llama nuestro compañero es nada menos que el famoso «Chichito»!...

B-jarano, Corrochano, el ayudante de Alfonso, todos le reconocieron en el acto.

Se había demostrado que ningún periodista madrileño le había confiado su

representación, pero «Chichito», demostró que se le había otorgado la corresponsalía de guerra de «El Día Gráfico», de Barcelona, y como tal corresponsal quedó en la plaza, si bien es cierto que todos los demás periodistas rompimos relaciones con él.

Hace unos días, bastantes, «El Día Gráfico» publicó un entrefilete dando cuenta de que Eduardo Rubio Fernán les había dejado de ser corresponsal de guerra.

Había vuelto a la Península, y ahora le veíamos en el café Colonial, cenando amigablemente con Resurrección Quijano y con la bellísima hija de la celebrada artista.

—Mira—me dijo Pedro Moro.—«Chichito» va buscando la cruz de brillantes que Resurrección Quijano lleva en el cuello.

Efectivamente, en el cuello, todavía bellissimo, de la Quijano, lucían las gotas serenas del agua de los brillantes.

De pronto entraron dos policías.

Fueron directamente a la mesa donde cenaba «Chichito», y dijeron:

—Señor Rubio. En cuanto termine usted, tendrá la bondad de acompañarnos.

—¿Dónde?

—A la Comisaría.

—Perfectamente. Tengan ustedes la bondad de esperar. Es solo un momento.

La hija de la Quijano, que había reparado quizá demasiado en «Chichito», sintió un estremecimiento.

Pero «Chichito», mientras seguía comiendo, la tranquilizó diciendo sonriente:

—No hay libertad en España. Ese Berenguer es un mal hombre. Sólo porque he escrito doce artículos metiéndome con él, pide mi detención...

Y fué a entregarse a los polizontes, no sin que las artistas que con él cenaban le hubieran tendido amigables las manos, prodigándole una palabra de consuelo.

Al pasar a nuestro lado, Pedro Moro dijo:

—«Chichito» se escapara pronto. El 1 de junio tiene que estar en la calle.

—¿Por qué?

—Porque ese día me lo llevo yo

para robar los tapices del Palacio Real...

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD.

Prohibida la reproducción

Solicitamos ofrecimientos de corresponsales literarios y administrativos, en todos los pueblos de la región.

LABOR EDILICIA

LO DE SIEMPRE

Los que acostumbramos (por obligación del cargo sostenemos esa cruz) a visitar la Casa municipal en las tardes de los miércoles, estamos tan familiarizados con el ambiente, que sabemos, como dijo no se quien, del pie que cada cual cojea.

Y por consiguiente, las sospechas, si les hay serán para los del público, porque lo que es a nosotros, nos cogen siempre prevenidos.

La última sesión, sin exagerar la nota, tuvo sus puntos de laboriosa; nada de pompasidades y de aparatos, sencillez y al grano.

Como sinceros que somos, hemos de declarar que nos agrada más este segundo acto de la comedia—dicho sea sin segundas—que allí se representaba con vistas a la galería.

Los que van casi siempre, y no callan casi nunca, porque consideran su deber decir o hacer algo—opinión muy sensata y justa—, se dirigieron a la Presidencia, que les atendió como correspondía, tomando nota de las indicaciones que se le formularon y facilitando detalles.

El señor Blanc, para que se aprobara su moción sobre protección a los niños, y para que se coadyuve a la campaña contra la langosta.

El señor Moreno para que no se haga cierto pago por cesión de terreno hasta que el dueño a quien corresponde derribe una tapia, a que se obligó con el Ayuntamiento.

El señor Gómez Artigas, dando iniciativas muy dignas de tenerse en cuenta—y se tuvieron—para la mejor reorganización del Cuerpo de bomberos.

El señor Falcó, a fin de que se evite el peligro que supone una línea de alta tensión, que, sin hilo fiador, pasa por la calle de la Industria; y para alquilar de unas casetas de la Feria.